Rogelio Sánchez Molero

memorial de ausencias

editorial
cuarto centenario

La ausencia presente

La memoria es un itinerario en busca del yo. Somos, en cierta medida, la consecuencia de lo que fuimos o de lo que pensamos que fuimos. Eso nos empuja a iniciar un camino de indagación en que tratamos de establecer relaciones lógicas entre pasado y presente, causas y efectos que nos permitan sistematizar nuestra identidad hasta aclimatarla al campo de las categorías, hasta acotarla con límites coanceptuales de tal manera que nuestra personalidad se nos revele diáfana, fácilmente aprehensible. Así pues, este Memorial de ausencias es una senda más hacia el conocimiento esencial y circunstancial del autor y, a la vez una introspección y una reflexión en voz alta que él realiza sobre lo que es, lo que vive y lo que siente.

Las dimensiones de lo humano, sin embargo, frecuentemente se resisten a ser sistematizadas, a ser prendidas y comprendidas a través de las añagazas de la razón. ¿Qué hacer entonces? ¿Con respecto a qué podemos fijar las referencias que nos posibiliten proseguir nuestro camino de búsqueda de nosotros mismos? La respuesta a esta pregunta es tan variable como el número de personas que la emitan, puesto que la personalidad de cada uno de nosotros es una conclusión casi exclusivamente personal. Aquí se nos muestra uno de los múltiples senderos que se bifurcan a golpe de versos, de imágenes, de metáforas, de pequeños detalles o largos argumentos; no en vano afirma en uno de los poemas que “El dulce licor rojo de la vida / se ha estancado de súbito en un lecho / de absurdas espirales y de limos”.

Especialmente interesante es la respuesta que ofrece Rogelio Sánchez Molero en este poemario, Memorial de ausencias. Nos brinda un testimonio de búsqueda de la identidad personal de un sujeto poético que hace, precisamente, de la falta de respuesta, la materia lírica principal de este libro. Podemos decir que la ausencia, recurrente, constante, está presente a lo largo de todo el poemario, al que articula, da unidad, aporta coherencia en los motivos y los temas, y cohesión estructural como conjunto ordenado. La "ausencia" es la esencia de lo presente; "Terror de ser" titula uno de los poemas, ¡qué declaración de intenciones!

Por tanto, estamos ante un libro que es el fruto de una notable ambición literaria, entroncado con una tradición que ha hecho de la personalidad uno de los universales de la lírica. Ese tronco secular ha adquirido especial solidez durante el recién extinto siglo XX, donde el existencialismo, como corriente de pensamiento y como actitud vital, ha dado auténticos monumentos literarios que forman parte, por derecho propio, por altura estética y por profundidad de reflexión, de alguno de los capítulos esenciales del canon occidental.

Ese es el río por cuya corriente navega, en versos blancos, eufónicamente asonantados, o expuestos con el sabor clásico del soneto y de la rima consonante, y el mar en que desemboca, con el amplio espectro que va del contenido sentencioso del arte menor a la amplitud salmódica del versículo, Memorial de ausencias.

Tenemos en las manos, pues, una obra que refleja el proceso al que se entrega un protagonista poético que aspira al hallazgo de la esencia de la existencia.

La constatación de la imposibilidad en el cumplimiento de tal objetivo nos deja un poemario en que lo aparentemente anecdótico termina enmarcado, dentro de los confines del poema, en la universalidad del amor y del desamor, del silencio, de la duda, del tiempo fugitivo, del miedo, de la indefinición de los espacios vitales, de la sensación constante de lo incompleto, de lo no consumado, del vacío, de la soledad, y, en suma, de la ausencia… Acaso el yo existencialista de Rogelio sea un producto de la imaginación y, entonces, el yo poético podemos considerarlo como una víctima presa de esta imaginación que crea el mundo que se encierra en estos versos. Quizá aquí, en este Memorial de ausencias, podamos también incidir en el pensamiento sartriano sobre la idea de que la imaginación objetivada en la obra sustituye a la ficción subjetiva de una soledad imposible.

Todo ello se nos ofrece sujeto al molde de una estructura sabiamente diseñada en que conviven el caos interior del protagonista poético junto con una disposición en cinco partes (Duda de ser, Olas que arrastran palabras, La piel del aire, Nunca nieva en los desiertos y Dulces silencios de caricias) que reflejan el proceso de búsqueda de la identidad del propio yo lírico.

Memorial de ausencias es, en síntesis, una ventana abierta a lo esencial humano, que es, en consecuencia, una puerta abierta a la poesía, a la poesía íntima, sentida, pero también madurada con un laborioso y cuidado proceso de maduración que permite servirla para ser degustada con el pensamiento y la emoción. Por eso, el autor afirma rotundamente en los últimos versos del último poema: “No, no debo cerrar la última página. / Porque las incertidumbres

resbalarían / por los lacrimales de la duda, / como resbala el ocaso por la raya imprecisa / de las certezas esquivas".

En suma, leer estos versos es una manera de apurar el cáliz en el que proximidad y distancia, realidad y deseo, memoria e imaginación no se confunden, como no se confunde la savia de dos lianas que se entrecruzan en un bosque, porque cada una sigue su camino hasta el punto inalcanzable de la luz o el profundo de la oscuridad. "De mi alma a tu fe hay un abismo / profundamente claro, transparente, / de poemas, de otoños y de sueños". Se oye el vendaval. La piedra se desliza suavemente, tras haber roto la superficie tersa del estanque, al fondo donde reposa. El recuerdo no es un manojo de retos a la luna. Aquí también –y pido prestados unos versos a Luis Alberto de Cuenca- "Somos tiempo y espacio, / aunque nuestra presencia / en uno y otro sea, / cuantitativa y, sobre todo, / cualitativamente hablando, / mera expresión de ausencia, mueca de despedida. / Somos apenas un renglón torcido / donde nadie, ni Dios / ha escrito algo derecho".

Antonio Illán Illán
Escritor

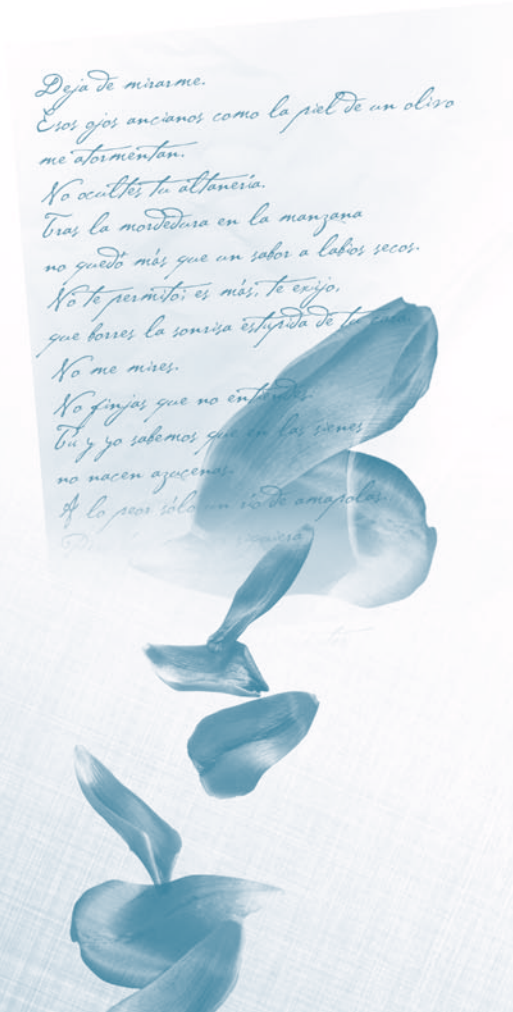
Prólogo

Conozco a Rogelio Sánchez Molero desde hace ya muchos años. Sé de su gusto por las cosas sencillas, que no simples; mantiene todavía esa capacidad de sorprenderse por un día soleado, por una primavera que explota de repente ante sus ojos o por una música que le trae recuerdos.

Este libro que hoy tenemos en nuestras manos es el fruto de años de cuidada escritura y de algunas, o muchas, dudas a la hora de desnudar su alma, que es lo que hacen los poetas en cada poesía.

La alegría, el amor, el desencuentro, la tristeza, son sentimientos que el autor va desgranando por las hojas de este libro y nos hace sumergirnos en ese mundo mágico donde la belleza lo llena todo.

Carmen Palomero


Deja de mirarme.
Esos ojos ancianos como la piel de un olivo
me atormentan.
No ocultes tu altanería.
Tras la mordedura en la manzana
no quedó más que un sabor a labios secos.
No te permito; es más, te exijo,
que borres la sonrisa estúpida de tu cara.
No me mires.
No finjas que no entiendes.
Tú y yo sabemos que en las sienes
no nacen azucenas.
A lo peor sólo un río de amapolas.

Escribir el Memorial de Ausencias

Hubo un tiempo en que escribir era para mí como una tortura. Angustiaba mis entrañas un extraño vértigo. Sentía un vacío como de hambre atrasada que atenazaba la pluma. Dolía el alma al dictar a mis cuartillas todo lo que bullía en las apreturas de la conciencia.

Y ahora que lo intento de nuevo, siento esa misma mordedura. ¿Qué escribo? Me pregunto con la prisa del que quiere terminar su gran obra y nunca llega al final, o ni siquiera ve el comienzo. Un cúmulo proceloso enmaraña la razón. Busco entre los verbos; conjugo mil excusas que pudieran ser historias; tengo un sustantivo huérfano de determinantes; y diez indeterminaciones a las que no sé nominar.

En ese salto al vacío, de pronto unas alas sutiles me crecen en la espalda y baten con fuerza. Me llevan a un viaje que nunca sé dónde terminará.

Escribo para saber que no estoy muerto. Que sigue latiendo en mis venas el flujo vital que me lleva de un lado a otro, que me destroza a veces y me resucita. El alma se desparrama como una balsa de aceite sobre el agua y lo impregna todo en forma de versos que nunca digo, que a veces escribo, que siempre busco. La pluma se desata en un monólogo imprevisible, irreverente o respetuoso, grandilocuente o vano, inteligible o confuso; qué más da. La página se mancha, se inunda de palabras que más que sonar, retumban; se enciende la luz del entendimiento abstracto o del conocimiento concreto y,

sin meditación ni disposición (predisposición), escribo. Luego la laxitud; como después de una carrera de fondo o de un terrible esfuerzo anaeróbico.

Escribo para saber que sigo vivo. Que vivir es un largo camino sin retorno. Que puedo prever, pero no variar el destino; que soy dueño de mi pasado; pero que ni el presente lo domino ni el futuro puede ser creado a mi antojo. No admito la certeza acerca de que podamos construir nuestro futuro. A lo máximo que podemos aspirar es a asentar unas bases, más o menos sólidas, en las que luego será el destino quien edifique sus obras. Construir el futuro. Vana pretensión de este género humano que puede y sabe crear vida; pero no puede, ni sabe, evitar la muerte.

Los poemas que siguen son latidos de vida. De una vida que puede ser la mía y bien pudiera ser la de cualquiera. Vida que busca y que se busca en cada acto, en cada verso, en cada estrofa. Aquí están, pertrechados para el camino, en este vivo memorial de ausencias.

I. DUDA DE SER

DESCUBRIMIENTO

Soy, a fuerza de no ser
más que un náufrago
en una ciudad sin cielos,
sin alma, sin noches,
sin estrellas, sin sentido;
soy, te decía,
un buscador de instantes,
de utopías,
de ráfagas de aliento
en el tráfago violento
de la prisa indefinida.
Ese amante que te espera
camuflado en las espinas
de las rosas del verano;
aquellas manos furtivas
que hoy aguardan el refugio
de tu cuerpo ya aprendido.
Esta mente que te evoca,
esos besos presentidos,
esta presencia, esa huida...
Ayer mismo, agarrado
a la balsa que me salva
del delirio de la nada,
entre los pliegues de un guiño
que hizo el sol
entre los plomizos vidrios,
descubría tu mirada...
Yo dibujé una sonrisa.

CAMINO

Vengo del vientre que duerme en la tierra
fértil y amarga, dura y maternal.
Vengo del hombre que sueña en las piedras
solemnes y duras, altivas y eternas.
Mas, ¿adónde mis pasos me llevan?

Tragué el amargo licor de los silencios.
Aquellos silencios densos
con olor a soledad y amor buscado.
Vi caer y levantarse mil veces al gigante;
y una brisa vestida de primaveras
volteó mis cuartillas; papeles inútiles,
manchados de inútiles reproches.
Yo le escribía a Dios
y no era Dios quien me leía.
Era esa sombra claroscura
que convierte en esencia la existencia,
esa jueza imperturbable
esa dama elocuentemente muda:
mi conciencia.

Desnudo, me aparté de ese camino.

Tapé mis vergüenzas con oros,
sedas y convencionalismos.
Fui, entonces, un probo ciudadano;
que pagaba sus impuestos
a un césar desalmado e inhumano.
Compré al contado un alma nueva

hecha justo a mi medida.
Y medí los tiempos y los besos
que no daba, por no ensuciar
la impoluta hoja de servicios.
Me ahogaba la corbata
con su caricia de Hérmès.
Me estrangulaba la rutina.
Ya no escribía a Dios ni a nadie.
La conciencia no existía
más que en las rancias homilías.
Queriéndolo ser todo,
era nada.

Desnudo, me aparté de ese camino.

Ahora muestro mis vergüenzas.
al fin y al cabo, forman parte de mi historia.
Camino por los trazos
de mis versos mal escritos.
Reparo en los ojos que me miran
con un pregunta azul o verde
y en la voz que me saluda
con una mirada amable y leve.
Hoy escribo para mí y para alguien
cuyo nombre no conozco
o fue siempre conocido.
Entre poema y poema
sigo buscando el camino.

LA PARTIDA

Me he empeñado en ser un tipo extraño. Que juega al ajedrez en un damero trucado.
No quiero ser el rey de la partida pues siempre acaba muerto o victorioso.
No quiero ser la dama pretenciosa, ufana, jactanciosa y prisionera de su propia vanidad.
No puedo, perdón, no quiero ser el caballo altivo zigzagueante. Que al mínimo desliz pierde las manos y hasta el brillo de sus crines.
No voy a ser la torre por razones obvias: estoy hecho de carne y sentimientos y no de piedra fría e indiferente.
No estoy en posición de ser alfil. Artero en su deriva siempre al sesgo.
Así pues, no tengo otro remedio, habré de ser peón en este juego.
Aquí quiero que ubiquen mi extrañeza. Pues no deseo ser tan sólo blanco o negro. Absurda reducción a un todo o nada.
Me agradaría más vestir de azul cuando otros lloren a escondidas.
O disfrazar de verde una esperanza y mil deseos.
Podría ser el rojo de unos labios que besan y disculpan.
O un amanecer anaranjado en unos bellos ojos reflejado.
Tendría la ocasión de ser añil en una lágrima.
O el tacto violáceo de las uvas maduras en una boca fresca.
Quisiera ser el luminoso amarillo en la bruma mortecina de los días nublados.
Podría desplegar este arcoíris entre las dos fronteras del tablero.
Caminando sin miedo a la caída sobre las líneas leves del damero.